

DMITRY
GLUKHOVSKY
METRO
2033

timunmas



Páginas 12 – 13:

—¡Eh, vosotros, los del metro 450! ¿Está todo en orden?

Pyotr Andreyevich gritó: «¡Venid! ¡Tenemos que hablar de algo!». Tres figuras se acercaban por el túnel. Venían con linternas por el camino que llevaba a la estación. Eran centinelas apostados en el metro 300. Al llegar a la hoguera, apagaron las linternas y se sentaron junto a ellos.

—Pyotr, ¿eres tú? Me preguntaba a quién habrían enviado hoy hasta los márgenes del mundo —dijo el de más alto rango, un hombre llamado Andrey, sonriente. Sacó un cigarrillo sin filtro del paquete.

—¡Escucha, Andryusha! Este joven ha tropezado con algo raro. Pero no ha sido capaz de disparar. Se ha escondido en el túnel. Él piensa que no era una criatura humana.

—¿No era humano? Entonces, ¿qué era? —le preguntó Andrey a Artyom.

—No he llegado a verlo. Cuando le he preguntado por la contraseña, ha huido de pronto hacia el norte. Pero sus pisadas no eran las de un hombre. Eran demasiado ligeras y rápidas. No parecía que tuviera dos piernas, sino cuatro patas...

—¡O tres! —le replicó Andrey, parpadeando, e hizo una terrorífica mueca.

Artyom no pudo evitar un súbito ataque de tos. Se acordó de las historias que contaban sobre los humanos de tres piernas de la línea Filyovskaya. En ella se encontraba una parte de las estaciones que estaban al nivel de la superficie, y por ese motivo el túnel no era tan profundo y apenas si protegía a sus habitantes de la radiación. En aquella línea moraban criaturas de tres piernas, de dos cabezas, y otros engendros que se iban diseminando por la red del metro.

Andrey le dio una calada al cigarrillo sin filtro y les dijo a los suyos:

—Bueno, chicos, ya que estamos aquí, ¿por qué no nos sentamos un rato? Y así, si viene alguno de los hombres de tres piernas, podremos echar una mano. ¡Eh, Artyom! ¿Tenéis tetera?

Fue Pyotr Andreyevich quien se puso en pie. Vertió agua de un bidón en una lata abollada y totalmente tiznada de hollín, y la colgó sobre el fuego. Al cabo de un par de minutos empezó a hervir. El familiar murmullo del agua tranquilizó un poco a Artyom. Este contempló a los hombres que se sentaban en torno al fuego. Todos ellos eran hombres fuertes, endurecidos por la difícil vida que llevaban allí. Eran hombres leales, hombres con quienes se podía contar. Su estación había sido siempre una de las más prósperas de toda la red. Y era así, gracias a aquellos hombres. Les unía una solidaridad sentida en lo más hondo, casi fraternal.

Artyom tenía ya más de veinte años. Se contaba entre los que aún habían nacido arriba. Por ello, no estaba tan flaco ni tan pálido como los que habían nacido en el Metro y no se habían atrevido nunca a salir a la superficie. No solo por temor a la radiación, sino también por la abrasadora luz solar, que aniquilaba toda vida subterránea. El propio Artyom solo había estado una vez en la superficie desde que tenía edad para acordarse, y solo por un instante. La radiación de fondo era tan intensa que los demasiado curiosos se abrasaban al cabo de pocas horas, sin haber tenido tiempo de saciarse con las vistas del maravilloso mundo exterior.

No recordaba a su padre. Su madre había estado con él hasta su quinto año de vida, cuando todavía vivían en la Timiryasevskaya. Les fue bien. Allí la vida transcurría sin sobresaltos... hasta que llegó el día en el que las ratas asaltaron la estación.

Páginas 16 – 17:

Aquellos laberintos de inconcebible profundidad estaban abarrotados de misterios y, por lo que parecía, no tenían nada que ver con el antiguo funcionamiento del Metro. Pese a lo que dijeran los antiguos empleados de la red metropolitana, era casi inimaginable que aquello fuese obra de trabajadores normales.

A las personas que antiguamente habían trabajado en el metro se las consideraba verdaderas autoridades. Apenas si quedaba alguna con vida, y por ello mismo eran todavía más respetadas. Eran los únicos que no se habían dejado llevar por el pánico aquel día en el que los hombres tuvieron que abandonar la protección de los trenes y se encontraron en los oscuros túneles del metro de Moscú, en el pétreo seno de la metrópolis. Todos los habitantes de la estación trataban con grandísimo respeto a dichas autoridades e inculcaban a sus hijos idéntico proceder. Tal vez por ello, Artyom llevaba siempre en el recuerdo al único hombre de aquella casta al que había conocido, un antiguo conductor de trenes auxiliares: un hombre esmirriado y flaco, deteriorado por los largos años de trabajo en el subsuelo, con su uniforme raído y descolorido de empleado del metro. Hacía tiempo que aquella vestimenta había perdido todo sentido, pero él seguía llevándola con el mismo orgullo con el que un almirante de permiso podría pasearse con su uniforme de gala. Artyom, que en aquella época era todavía un crío, había creído reconocer una fuerza y una grandeza inconmensurables en la frágil figura del conductor de trenes auxiliares...

No era de extrañar: los antiguos trabajadores del Metro eran para el resto de habitantes de la red metropolitana lo mismo que un guía nativo podría ser para los miembros de una expedición científica en la jungla. Todo el mundo creía al pie de la letra en sus palabras y confiaba plenamente en ellos, porque de su saber y sus capacidades dependía la supervivencia de los demás. Eran muchos los antiguos empleados que se habían hecho con el poder en el mismo momento en el que la dirección centralizada de la red metropolitana dejó de funcionar, y aquel refugio de civiles, aquel gigantesco búnker de aire no contaminado a prueba de bombas, se había dividido en una multiplicidad de estaciones, y, por falta de unas estructuras de poder comunes, se había hundido en el caos y la anarquía. Las estaciones se habían vuelto independientes y autosuficientes. Aparecieron extraños microestados con sus propias ideologías, regímenes, líderes y ejércitos. Lucharon entre sí, y se unieron en federaciones y confederaciones. De un día para otro, imperios en pleno ascenso se veían sometidos y colonizados por sus antiguos aliados o esclavos. Se formaban alianzas de breve duración contra peligros comunes, pero, tan pronto como estos desaparecían, la lucha se reanudaba con igual violencia. Todos ellos luchaban con ciega cólera por todas las cosas: espacio vital, alimentos —levadura nutricional, plantaciones de hongos en la penumbra, gallineros y granjas porcinas donde cerdos pálidos, criados bajo tierra, y polluelos tísicos se alimentaban de hongos descoloridos. Y, naturalmente, por el agua —esto es, por los filtros—. Los bárbaros que había entre ellos, incapaces de reparar los filtros inutilizados, enfermaron a causa del agua contaminada y se arrojaron con rabia animal contra los bastiones de la civilización, contra las estaciones donde las dinamos y las pequeñas centrales hidroeléctricas que sus mismos habitantes habían construido

funcionaban bien, donde regularmente se reparaban y limpiaban los filtros, donde las pálidas cabezas de los champiñones, criados por cuidadosas manos de mujer, asomaban desde la tierra húmeda, y los cerdos gruñían satisfechos en el cercado.

En esta interminable y desesperada lucha, los hombres se guiaban por su propio instinto de conservación, así como por el eterno principio revolucionario: «¡Toma y reparte!» Los defensores de las estaciones ricas — antiguos militares profesionales que se habían organizado en esforzadas unidades de combate— resistían los asaltos de los vándalos hasta la última gota de su sangre, pasaban al contraataque, luchaban por todos y cada uno de los metros de túnel que enlazaban las estaciones. Desarrollaron su potencial militar para poder responder con expediciones punitivas a los ataques, para expulsar a sus vecinos —si no estaban en paz con ellos— de territorios necesarios para la vida, y, no menos importante, para defenderse de los males que emergían de todos los agujeros y aberturas. Aquellas extrañas, deformes y peligrosas criaturas que habrían arrastrado a la desesperación al propio Darwin, porque no había manera de hacerlas encajar en las leyes de la evolución. Podía ser que la radiación hubiera transformado a la inocua fauna urbana en aquellos engendros del infierno; pero también podía ser que hubieran vivido desde siempre en las profundidades y solo en los últimos tiempos los humanos los hubieran molestado. Pero, por mucho que se diferenciaran aquellas criaturas de las especies animales conocidas, formaban parte igualmente de la vida terrestre. Una vida deforme y depravada, sin duda alguna. Pero, de todos modos, vida. E, igual que todos los demás organismos del planeta, los dominaba un único impulso: sobrevivir. Sobrevivir a cualquier precio...

Páginas 48 – 51:

—Tenemos que acabar con ese peligro, ¿verdad? —dijo Sukhoy con una sonrisa triste—. El mismo cowboy de siempre. La única pregunta es: ¿Podremos? Ese es el problema. Esta historia es mucho más complicada de lo que tú piensas. No se trata simplemente de unos cuantos zombis, ni de cadáveres andantes, como los que podrías ver en una película. En las películas todo es muy fácil: cargas el revólver con cartuchos de plata —levantó la mano e imitó la forma de una pistola—y pum, pum, derrotas a los poderes del mal. Pero esto es diferente. Es algo terrible. Y yo no me asusto fácilmente, Hunter. Tú lo sabes bien.

—¿Tienes miedo? —le preguntó el asombrado Hunter.

—Su arma más poderosa es el terror. Cada vez es más difícil que los soldados aguanten en sus puestos. Están allí, apostados, con las metralletas y las ametralladoras a punto de disparar, y entonces los atacan esas criaturas, sin armas. Y aunque los nuestros saben que cuentan con la superioridad numérica y que están mejor armados que ellos, se sienten tentados de huir. Les cuesta mucho resistirse al miedo. Ya tenemos a algunos que deberían ingresar en una clínica psiquiátrica, te lo digo con toda la confianza. ¡No es solo que tengamos miedo, Hunter! —Sukhoy bajó la voz—. No sé muy bien cómo te lo podría explicar... cada vez es más intenso. Ejercen algún tipo de influjo sobre el cerebro. Se les siente venir desde lejos, y esa

sensación se vuelve cada vez más fuerte, como una especie de insoportable nerviosismo que hace que las rodillas se te pongan a temblar. Al principio no se les oye, y aún menos se les ve, pero se siente su cercanía. Y entonces suena el aullido. En ese momento, todo el mundo querría echarse a correr. Finalmente te empieza a temblar el cuerpo entero. Y luego, mucho tiempo después de que todo haya terminado, les sigues viendo, sigues viendo cómo avanzan contra la luz del reflector...

Artyom se sobresaltó. Así pues, las pesadillas no lo afectaban solo a él. Hasta aquel momento no había querido comentarlas con nadie, por miedo de que le tomaran por un cobarde, o por un perturbado.

—Esas criaturas le alteran a uno el cerebro —siguió contando Sukhoy—. Podríamos decir que sintonizan tu frecuencia de onda para que les sientas en todas tus fibras. Y eso no es simple miedo. Sé muy bien de qué te estoy hablando.

Hunter estaba sentado, inmóvil, y examinaba a Sukhoy con la mirada. Se veía a las claras que estaba reflexionando sobre lo que había oído. Entonces tomó un trago de la infusión y habló lentamente en voz baja:

—Este peligro nos amenaza a todos, Sukhoy. A la totalidad de este Metro de mierda, no solo a vuestra estación. Al principio pareció que Sukhoy no le quisiera responder, pero de repente estalló:

—¿A todo el Metro, dices? No, no solo al Metro. A la totalidad de esta civilización del progreso que progresó demasiado. ¡Ahora tendremos que pagar por ello! Estamos luchando por nuestra misma existencia, Hunter. Por la supervivencia de nuestra especie. Esos Negros no son fantasmas, ni vampiros. Son el *Homo Novus*, la siguiente etapa evolutiva, mejor adaptada que la nuestra al medio ambiente. ¡Ellos son el futuro! Puede que el Sapiens aguante todavía un par de décadas, o medio siglo pudriéndose en estos agujeros malditos por Dios que nosotros mismos excavamos cuando todavía éramos demasiados y había que esconder a los pobres bajo tierra durante el día. Nos transformaremos en criaturas pálidas y atrofiadas como los Morlocks de Wells, ya sabes, los de *La máquina del tiempo*. Ellos también habían pertenecido en el pasado a la especie Homo Sapiens... ¡Sí, claro, somos optimistas, no queremos diñarla tan fácilmente! Cultivamos setas en nuestra propia mierda, y hemos hecho del cerdo el mejor amigo del hombre. De hecho, es nuestro socio en la lucha por la supervivencia. Tragamos píldoras multivitamínicas que nuestros antepasados, con sabia previsión, enterraron aquí a toneladas. De vez en cuando nos arrastramos hasta el exterior. Para hacernos con un bidón de gasolina, o con ropa vieja de alguien que ya murió, o con un puñado de cartuchos, si la cosa sale muy bien. Y luego volvemos aquí a toda velocidad, a este asfixiante agujero, siempre con el temor de que alguien nos vea. Porque lo de allí arriba ya no es nuestro hogar. Este mundo ya no nos pertenece, Cazador. Este mundo ya no nos pertenece.

Sukhoy calló, y contempló el vaho que subía desde la tetera y desaparecía a la media luz de la tienda.

Hunter no le respondió, y Artyom se dio cuenta, repentinamente, de que nunca había oído hablar de aquella manera a su padre adoptivo. Se había desvanecido su antigua confianza en que todo iría bien, las frases del tipo «¡No temas! ¡Saldremos de esta!», los guiños con los que

animaba a los demás. O quizás hubiera estado siempre fingiendo...

—¿No dices nada, Cazador? ¡Venga, discute conmigo! ¿Qué ha sido de tu optimismo? La última vez que hablamos me decías todavía que la radiación estaba remitiendo y que los humanos podríamos salir de nuevo a la superficie. ¡Ah, Cazador...! «El Sol se eleva sobre el bosque, pero no por mí...» Nos agarraremos a esta vida, nos valdremos de todas nuestras fuerzas para no soltarla, porque es posible que después no haya nada, como han dicho siempre los filósofos y los herejes. Tú no quieres creerlo, pero en lo más hondo de tu ser sabes que es verdad. Además, esta vida nos gusta mucho, ¿verdad que sí, Cazador? Los dos le tenemos mucho apego. Los dos nos arrastraremos por este laberinto apestoso, dormiremos con los cerdos, devoraremos ratas... ¡pero sobreviviremos! ¿Verdad que sí? ¡Despierta, Cazador! No habrá quien escriba sobre ti un libro titulado *El verdaderoser humano*, no habrá quien cante tu voluntad de vivir, tu instinto de conservación. ¿Durante cuánto tiempo podrás aguantar a fuerza de setas, complejos multivitamínicos y carne de cerdo? ¡Ríndete, Homo Sapiens! ¡Ahora ya no reinas sobre la Naturaleza! No, no hace falta que te mueras enseguida, no queremos que sea así. Arrástrate todavía un poco mientras dure tu agonía y ahógate en tus propios excrementos. Pero hay algo que tienes que saber, Sapiens: ya has vivido lo suficiente. La Evolución, cuyas leyes alcanzaste a comprender tan bien, ha subido otro peldaño. Ya no eres la corona de la creación. Eres un dinosaurio. Es hora de que le dejemos nuestro lugar a una nueva criatura, una criatura más perfecta. No seas egoísta, la obra ha terminado, deja que otros representen su papel. Puede que las generaciones futuras se estrujen el seso tratando de adivinar por qué el Homo Sapiens dejó de existir... aunque no creo que eso le interese a nadie.

Durante el monólogo de Sukhoy, Hunter se había estado examinando con absoluta calma las uñas de las manos. Finalmente levantó la mirada, contempló al padre adoptivo de Artyom y le dijo con voz pesarosa:

—Te has ablandado mucho desde la última vez que te vi. Aún recuerdo lo que me dijiste entonces: si preservamos nuestra cultura, si no perdemos el coraje, si seguimos hablando en ruso, y si enseñamos a leer y escribir a nuestros hijos, no tendremos tan malas perspectivas. Tal vez sobrevivamos bajo tierra. Eso es lo que tú me dijiste, ¿o, no? Y ahora dices: ¡Ríndete, Sapiens! ¿A qué viene eso?

—Me he dado cuenta de un par de cosas, Cazador. He comprendido lo que quizá tú también llegues a comprender, o quizá no: que somos dinosaurios, y que estos son nuestros últimos días. No importa que duren una década o un siglo...

—No merece la pena seguir resistiendo, ¿verdad? —le interrumpió Hunter. Había algo terrible en su tono de voz—. ¿Es eso lo que pretendes decirme?

Sukhoy bajó los ojos. A él, que nunca le había confesado sus debilidades a nadie, le resultaba muy difícil decirle todo aquello a su viejo amigo, y todavía más en presencia de Artyom. Su sufrimiento era patente.

—Pues por mí puedes esperar todo el tiempo que quieras —le dijo Hunter pausadamente, y entonces se puso en pie—. Y ellos también. ¿Nuevas especies? ¿Evolución? ¿Extinción inevitable? Ya he pasado por otras cosas. Esto que ocurre aquí no me da ningún miedo. ¿Lo entiendes? No me voy a rendir. ¿Instinto de conservación? Puedes llamarlo así, si tú quieres. Sí,

voy a agarrarme a esta vida, y me la suda esa evolución de la que me hablas. Aunque nuevas especies se pongan a la cola, yo no soy una oveja ni pienso permitir que me lleven al matadero. Ríndete, por favor, y ve en busca de esos colegas tuyos más perfectos y adaptados al medio, cédeles tu puesto en la Historia. Si de verdad piensas que ya has luchado bastante, entonces lárgate, deserta. No te voy a condenar por ello. Pero no quieras asustarme a mí. Y tampoco intentes arrastrarme hasta el matadero. ¿Para qué me haces esas prédicas? ¿Para no estar tan solo, para poder rendirte con toda la comunidad... para que la rendición no sea tan humillante? ¿O es que quizás el enemigo te ha prometido una cazuela con sopa de sémola caliente por cada uno de los camaradas que pongas en sus manos? ¿Dices que mi lucha es inútil? ¿Que nos encontramos en los márgenes del abismo? ¡A la mierda con tu abismo! ¡Si te crees que tu lugar está allí, en el fondo, hazme el favor de tomar aliento y salta! Pero aquí se separan nuestros caminos. El día en el que el ser humano racional, el Homo Sapiens cultivado y civilizado opte por la rendición, renunciaré yo también a este título de honor y me transformaré en animal. Y, como un animal, me aferraré a la vida y saltaré a la garganta de quien sea para sobrevivir. Y sobreviviré. ¿Lo has entendido? ¡Sobreviviré!

Páginas 66 – 67:

Los amigos de Zhenya eran mercaderes. Vendían té y carne de cerdo en el mercado de la Prospekt Mira. Regresaban con pastillas vitamínicas, ropa y todo tipo de trastos. A veces venían también con libros muy sucios, a menudo con páginas arrancadas. Habían ido a parar a la Prospekt Mira después de recorrer la mitad de la red de metro, de un bolsillo a otro, de un mercader a otro, hasta que por fin acababan en las manos de su dueño definitivo. En la VDNKh estaban orgullosos porque, aun hallándose lejos del centro y de las principales rutas comerciales, no se preocupaban tan solo por la supervivencia —en condiciones cada día más difíciles—, sino que habían preservado una cierta cultura humanística que en el resto del Metro estaba desapareciendo con pavorosa rapidez.

Los propios dirigentes de la estación le daban un valor altísimo. Todo el mundo estaba obligado a enseñar a leer a sus hijos. La estación disponía de una pequeña biblioteca a la que iban a parar todos los libros que se habían podido adquirir en los mercados. El problema era que, dada la escasez de material impreso, compraban todo lo que encontraban, y así la biblioteca se les había ido llenando de morralla.

Sin embargo, la relación de los habitantes de aquella estación con los libros era tal que nunca nadie arrancaba ni una sola página, ni tan siquiera del novelucho más burdo. Los libros se consideraban un objeto sagrado, porque eran el último recuerdo de un mundo maravilloso que había caído en el olvido. Los adultos disfrutaban de todos los instantes de remembranza que la lectura les pudiese aportar. Y transmitían a sus hijos la misma estrecha relación con los libros, aun cuando estos, por supuesto, no pudieran acordarse de aquel mundo.

En el metro había pocos lugares en los que se venerara de tal modo la palabra impresa,

y los habitantes de la VDNKh afirmaban con orgullo que su estación era el último baluarte de la cultura, el puesto avanzado de la civilización en el norte, en la línea Kaluzhsko-Rizhskaya.

También Artyom y Zhenya eran lectores apasionados. Zhenya aguardaba siempre con entusiasmo el momento en el que sus amigos regresarían de los mercados e iba el primero a recibirlos, para enterarse de si habían venido con algo nuevo. Si este era el caso, el libro pasaba primero por las manos de Zhenya, y luego iba a la biblioteca.

De vez en cuando, el padre adoptivo de Artyom regresaba de sus misiones también con libros, y los guardaba en la estantería de su tienda. Allí se quedaban, amarillentos, carcomidos en ocasiones por el moho o por las ratas, cubiertos a veces de manchas parduzcas de sangre. Obras que nadie más poseía en aquella estación, y quizás en la totalidad de la red de Metro: García Márquez, Kafka, Borges, Vian y algunos autores clásicos rusos.

Páginas 74 – 75:

¿Qué sucedería si el plan de este fracasaba? El paso que había dado Hunter era de locura. Se había atrevido a entrar en el campamento enemigo, a adentrarse en el infierno. El peligro al que se había expuesto era enorme. Nadie sabía cuán grande era en realidad. Tan solo podía imaginar lo que le esperaba más allá del metro 500, en ese trecho donde el fulgor de las hogueras fronterizas —quizá las últimas llamas atizadas por hombres más al norte de la VDNKh— desaparecía totalmente de la vista. Lo que sabía sobre los Negros era lo mismo que sabían todos los habitantes de la estación. Y la hipótesis de que el agujero por el que estaban entrando aquellas criaturas se encontraba en Jardín Botánico era pura conjetura.

Con toda probabilidad, Hunter no lograría llevar a término su misión. Por otra parte, el peligro que provenía del norte era tan grande, y estaba agravándose con tal rapidez, que no se podía ya titubear. Sí, y era posible que Hunter supiera algo que no les hubiera dicho a Sukhoy ni a Artyom. Sin duda alguna, Hunter sabía cuáles eran los riesgos y comprendía que aquella misión podía ser demasiado para él. Si no, ¿para qué habría dado instrucciones a Artyom en previsión de un posible fracaso? Hunter no era hombre que se preocupara continuamente por su seguridad. En consecuencia, era más que probable que no regresara jamás a la VDNKh.

¿Pero cómo podía Artyom marcharse de la estación sin decírselo a nadie? Hunter le había amenazado para que no contara lo que le había explicado, porque tenía miedo, según había dicho él mismo, de los hombres que tenían el cerebro devorado por gusanos. ¿Cómo podría llegar él solo hasta la Polis, la legendaria Polis, pese a todos los peligros conocidos y desconocidos que aguardaban en los túneles oscuros y desiertos? Entonces lamentó haberse rendido ante el rudo atractivo y la hipnótica mirada del Cazador, haberle confiado su secreto, haber aceptado aquella peligrosa misión...

—¿Eh, Artyom! ¿Artyom! ¿Estás dormido? ¿Por qué no me respondes? —Zhenya le sacudió el hombro—. ¿No oyes lo que ha dicho Kiril? Mañana por la noche, una caravana partirá hacia la

Rizhskaya. Eso significa que nuestra administración quiere federarse con ellos. Por lo pronto les vamos a enviar ayuda humanitaria, como muestra de buena voluntad. Parece que esos muchachos han encontrado una caja repleta de cables. Van a utilizarlos para montar un enlace telefónico entre las estaciones. O como mínimo un telégrafo. Kiril dice que todos los que no trabajamos mañana podríamos ir. ¿A ti qué te parece?

Artyom se dio cuenta al instante de que aquello era una señal del destino. Este le deparaba una oportunidad para llevar a cabo su misión... en el caso de que fuera necesario. Asintió en silencio.

—¡Estupendo! —exclamó el alborozado Zhenya—. Yo también quiero ir, Kiril. Apúntanos. ¿Y a qué hora saldremos mañana? ¿A las nueve?

Artyom no volvió a abrir boca durante el resto del turno. No conseguía librarse de sus siniestras premoniciones. Siguió mecánicamente la rutina de trinchar las setas y luego triturarlas, tomar nuevas setas del alambre, nuevamente trincharlas, nuevamente triturarlas, y así sin cesar.

En todo momento creía estar viendo el rostro de Hunter. Creía estar viéndole aun cuando este le hubiera dicho que posiblemente no volviera jamás. El rostro sereno de un hombre que estaba acostumbrado a poner en riesgo su vida. Pero en el corazón de Artyom crecía una sombra negra: un presentimiento de inminentes desdichas.